

# *Sobre el concepto de pánico moral*

*On the concept of moral panic*

**David Garland**

*New York University*

## RESUMEN

El artículo\*\* desarrolla un análisis crítico del concepto de pánico moral y sus usos sociológicos. Argumentando que parte de la sutileza y el poder del concepto se ha perdido a medida que el término se ha hecho popular, el artículo destaca sus aspectos freudianos y durkheimianos, y explica las cuestiones epistemológicas y éticas involucradas en su uso. Contrastando la dinámica de los pánicos morales con la dinámica de las guerras culturales, el autor muestra que ambos fenómenos implican relaciones de grupo y competencia de estatus, aunque cada uno muestra una estructura característicamente diferente. La obra concluye situando los “pánicos morales” dentro de una tipología más amplia de conceptos utilizados en la sociología de la reacción social.

## PALABRAS CLAVES

ética de la atribución—pánico moral  
—reacción social

## ABSTRACT

The article develops a critical analysis of the concept of moral panic and its sociological uses. Arguing that some of the concept's subtlety and power has been lost as the term has become popular, the article foregrounds its Freudian and Durkheimian aspects and explicates the epistemological and ethical issues involved in its use. Contrasting the dynamics of moral panics to the dynamics of culture wars, the author shows that both phenomena involve group relations and status competition, though each displays a characteristically different structure. The piece concludes by situating “moral panics” within a larger typology of concepts utilized in the sociology of social reaction.

## KEYWORDS:

ethics of attribution—moral panic  
—social reaction.

\*\* Una versión abreviada de este artículo fue presentada en una tarde de debate de la British Academy el 9 de marzo de 2007 junto con las presentaciones de Stanley Cohen y Stuart Hall. Hay una grabación de audio del evento y está disponible en: <http://britac.studyserve.com/home/default.asp> Agradezco a Paul Rock, David Downes, Michael Welch y Jock Young por sus comentarios y sugerencias y a Gretchen Feltes y Allison McKim por su ayuda en la investigación. También quisiera agradecer el apoyo del Fondo de Investigación Filomen D'Agostino y Max E. Greenberg. Publicado originalmente en: *Crime Media Culture* 4 (1), 2008, 9-30. Traducción Nahuel Roldán (CONICET/LESyC, UNQ—FCJyS, UNLP).

## Introducción

El concepto de “pánico moral” ha tenido un enorme impacto, no sólo en la sociología—donde ha generado una pequeña subdisciplina de estudios de pánico moral—sino también en el lenguaje del debate cultural y en la práctica de periodistas y políticos. La afirmación de que una reacción social es, de hecho, simplemente un pánico moral, se ha convertido en un movimiento familiar en cualquier conversación pública sobre problemas sociales o riesgos sociales. En una época de exageración, en la que los medios de comunicación convergen regularmente en un solo asunto que crea ansiedad y lo explotan al máximo, la utilidad de una respuesta negativa y deflacionaria es perfectamente aparente. No es de extrañar, pues, que el término haya pasado a formar parte del repertorio estándar del debate público. Fue el estudio clásico de Stanley Cohen (1972) el que proporcionó a nuestro mundo mediado por las masas este dispositivo argumentativo esencial, esta forma de decir “no” a las fuerzas de la hipérbole y la histeria; pero si Cohen no hubiera introducido el término en 1972, habría sido necesario que alguien más lo inventara.

Antes de que fuera un movimiento retórico en la política cultural, el “pánico moral” era un concepto sociológico rigurosamente definido, desarrollado primero en un trabajo empíricamente fundamentado, pero implacablemente teórico titulado *Folk Devils and Moral Panics* (Cohen, 1972) (un título, dos conceptos nuevos y valiosos—más de los que muchos de nosotros manejamos en un libro entero) y es en ese uso sociológico en el que me centraré aquí. Después de una breve descripción de la gama de fenómenos a los que se refiere, procederé a hacer algunas observaciones sobre el concepto y sus aplicaciones.

## Pánico moral: el fenómeno

Entonces, ¿qué son exactamente los pánicos morales? ¿Qué involucran, qué los provoca y qué hacen que sucedan? El libro de Cohen, publicado por primera vez en 1972 (con una tercera edición que aparece 30 años después), ofrece la siguiente introducción al término: “una vez cada tanto las sociedades se ven obligadas a atravesar periodos de pánico moral. Aparece una condición, un episodio, una persona o un grupo de personas y se lo define como una amenaza a los valores e intereses de la sociedad; en los medios de comunicación masiva se presenta su naturaleza de manera estilizada y estereotípica; editores, obispos, políticos y demás personas bienpensantes se encargan de erigir barricadas morales; se consulta a expertos reconocidos que emiten sus diagnósticos y soluciones; se elaboran o (con más frecuencia) se recurre a formas de encarar la situación; luego la condición inicial desaparece, se sumerge o deteriora y se vuelve más visible. A veces el objeto del pánico es bastante novedoso, y otras, existe desde hace tiempo, pero de repente aparece en el candelero. A veces el pánico pasa y cae en el olvido, salvo en la memoria popular y colectiva; otras, tiene repercusiones más graves y perdurables y puede llegar a producir cambios en las políticas legales y sociales o incluso en la forma en que la sociedad se concibe a sí misma” (Cohen, 2004: 1 [2015: 51]).

Cohen no dice exactamente lo que quiere decir con “pánico” aquí, pero claramente tiene en mente el uso convencional, definido por el OED de la siguiente manera: “Una sensación repentina y excesiva de alarma o miedo, que suele afectar a un grupo de personas y dar lugar a esfuerzos extravagantes o imprudentes para garantizar la seguridad”.

Las cualidades de desproporción, exageración y alarma también se enfatizan en la definición proporcionada por ese otro clásico del análisis del pánico moral, *Policing the Crisis*, pero aquí el énfasis es la calidad consensual de la reacción social exagerada, aunque ese consenso sea un tanto forzado y artificial: “Cuando la reacción oficial a una persona, grupo de personas o serie de acontecimientos es

desproporcionada con respecto a la amenaza real ofrecida, cuando los ‘expertos’, en forma de jefes de policía, el poder judicial, los políticos y los editores perciben la amenaza en términos casi idénticos, y parecen hablar ‘con una sola voz’ de tasas, diagnósticos, pronósticos y soluciones, cuando las representaciones mediáticas subrayan universalmente los aumentos ‘repentinos y dramáticos’ (en número de implicados o de acontecimientos) y la ‘novedad’ por encima de lo que podría sostener una valoración sobria y realista, entonces creemos que es apropiado hablar de (...) pánico moral” (Hall *et al.*, 1978: 16).

¿Cómo reconocemos uno de estos pánicos morales cuando lo vemos? El texto estándar sobre el pánico moral (Goode y Ben Yehuda, 1994) identifica cinco características claves del fenómeno: (i) *preocupación* (algunas conductas o eventos reportados provocan ansiedad); (ii) *hostilidad* (los perpetradores son retratados como demonios populares); (iii) *consenso* (la reacción social negativa es amplia y unificada); (iv) *desproporcionalidad* (se exagera el alcance de la conducta o la amenaza que plantea); (v) *volatilidad* (la cobertura informativa de los medios de comunicación y el pánico asociado surgen repentinamente, pero también pueden disiparse rápidamente).

Este es un resumen útil, que ha sido influyente en estudios posteriores, pero creo que omite dos elementos que son esenciales para el significado del concepto que Cohen desarrolló: (i) la *dimensión moral* de la reacción social, en particular el examen introspectivo del alma que acompaña a estos episodios; y (ii) la idea de que la conducta desviada en cuestión es de alguna manera *sintomática*. Como Cohen enfatiza en su estudio original de caso, las reacciones de los “guardianes de la sociedad” siempre van más allá del problema inmediato, vinculándolo a otros inquietantes síntomas de malestar. “No es sólo esto...”, dicen, antes de presentar afirmaciones sobre problemas asociados e implicaciones más amplias. Juntos, estos dos elementos—una dimensión moral, una cualidad sintomática—son importantes, porque señalan la verdadera naturaleza de la perturbación subyacente; a saber, la preocupación por parte de ciertos

actores sociales de que un sistema de valores establecido se vea amenazado. Este temor de que una forma de vida apreciada esté en peligro es fundamental para el relato de Cohen sobre el pánico moral, su naturaleza y su génesis. En el fondo, la sociología de los pánicos morales descubre la política desplazada de las relaciones de grupo y la competencia por el estatus.

He aquí una historia de *The New York Times* en febrero de 2007 (Cowell, 2007) que tiene todas las características de un informe de pánico moral, y que muestra estas características con bastante claridad. También muestra hasta qué punto los políticos han aprendido a reconocer los procesos de pánico moral y a luchar para controlar sus consecuencias. La historia se publicó bajo el siguiente titular, "La última muerte de un adolescente en el sur de Londres inquieta a Gran Bretaña":

*Londres, 16 de febrero*—Los líderes británicos expresaron el viernes su consternación por la reciente oleada de crímenes con armas de fuego que se ha cobrado cinco vidas, y en particular a los jóvenes de mediana edad que fueron asesinados a tiros en sus casas.

Pero mientras algunos políticos describían el derramamiento de sangre como una señal de profundo malestar social, el Primer Ministro Tony Blair se resistió a las sugerencias de que los asesinatos reflejaban una crisis más amplia entre los jóvenes británicos.

La cuestión se ha vuelto más urgente esta semana desde que un informe de las Naciones Unidas, ampliamente difundido aquí, describía a los jóvenes británicos como personas en peor situación social que muchos de sus pares de los países más ricos del mundo.

Reconociendo que los tiroteos fueron horribles, el Primer Ministro Blair insistió en que la gente no debería reaccionar de forma exagerada: “Seamos cuidadosos en nuestra respuesta. Esta tragedia no es una metáfora del estado de la sociedad británica, y mucho menos del estado de la juventud británica”.

El informe continúa diciendo que “los asesinatos han aturcido a muchos británicos” y ha despertado la preocupación por la prevalencia de las armas de fuego, por el crack de cocaína y por las guerras de territorio al estilo estadounidense entre pandilleros traficantes de drogas. El padre de la víctima más reciente ha dicho: “La forma en que se apoderaron de las armas es increíble”. Pero la alarma que sonó tras estos hechos fue más allá de los acontecimientos inmediatos de los asesinatos: “Ha inspirado un angustioso debate sobre si algunas partes de la sociedad británica se están saliendo de control, una impresión que el Sr. Blair trató de evitar”.

Bueno, lo haría, ¿no? El portavoz de la oposición, Alan Duncan, por otra parte, no tenía tales inhibiciones. En un comunicado de prensa publicado en el *Daily Telegraph* al día siguiente, el Sr. Duncan declaró que Gran Bretaña necesita ser “recivilizada” y ofreció el siguiente diagnóstico de la crisis social que se esconde detrás de los tiroteos: “Dentro de la UE, Gran Bretaña es la nación más obesa, con los votantes más apáticos, los peores derrochadores de energía, los mayores adictos al porno, las personas más violentas y los mayores consumidores de cocaína”.

Como si esa acusación fuera insuficiente, continuó—con una enciclopedia china digna de Jorge Luis Borges—diciendo, “Tenemos las peores alergias de los niños, somos los mayores bebedores compulsivos, los que más roban, los que más sufren de asma, los peores lingüistas, los que más bebés prematuros tienen y los que menos donan órganos (...) Ha habido un colapso de la autoridad”.

En su introducción a la tercera edición de su libro, Stan Cohen (2004: xxx [2015: 43]) señala que “el atractivo de los pánicos morales

exitosos proviene de su capacidad de hacerse eco de ansiedades ya existentes". Claramente el Sr. Duncan estaba haciendo todo lo posible para hacer las conexiones.

El líder del Partido Conservador, David Cameron, fue más circunspecto, pero también calificó los acontecimientos de sintomáticos, señalando a los "padres ausentes" y a la "desintegración familiar" como "el núcleo" del problema (Cowell, 2007). En este sentido, pareció haber captado la atención del público, como lo indica una encuesta de *Guardian/ICM* (publicada en Glover y Travis, 2007) que reveló que el 80% de los votantes estaban de acuerdo con la afirmación de que la desintegración de la familia y la falta de disciplina en el hogar son en parte responsables del crecimiento de la cultura de las armas de fuego.

El artículo del *New York Times* (Cowell, 2007) señalaba que, a pesar del aumento de los artículos en los medios de comunicación y de la ansiedad pública, las cifras de la policía indican que los asesinatos y los delitos con armas de fuego están disminuyendo<sup>1</sup>. Sin embargo, el Comisionado de Policía, Sir Ian Blair, pidió nuevos poderes policiales y sentencias obligatorias de prisión para los jóvenes armados. Los objetivos de estos nuevos poderes—los demonios populares en el centro de la reacción—son, por supuesto, la violencia, el tráfico de drogas, la juventud negra de los barrios pobres de las ciudades, que son demasiado familiares para los lectores de *Policing the Crisis* (Hall *et al.*, 1978).

Con todo, este episodio de protesta, examen de conciencia y reacción social—con una forma preocupante de desviación de la juventud en su centro—describe un pánico moral clásico. Más deliberado y autorreflexivo que el descrito por Stan Cohen hace 40

---

<sup>1</sup> Esta referencia a una tasa decreciente de asesinatos simplifica un panorama bastante complejo. Aunque las tasas de homicidio en Gran Bretaña cayeron en el último año, la tendencia principal de las últimas dos décadas es el aumento de los asesinatos, siendo los hombres jóvenes de clase baja de 20 a 24 años las víctimas más frecuentes. El asesinato con armas de fuego ha aumentado, pero sigue siendo mucho menos común que el asesinato por otros medios, como el estrangulamiento o el apuñalamiento. Ver, Dorling (2005).

años, quizás, y más disputado políticamente también, pero por lo demás un caso ejemplar del género.

### *Tipos de pánico moral*

El episodio británico del crimen con armas de fuego que acabamos de describir es un pánico moral “clásico” porque contiene cada uno de los elementos definitorios identificados por Cohen cuando analizó por primera vez el fenómeno. Pero las investigaciones posteriores han demostrado que los pánicos morales se presentan en una variedad de formas y tamaños, al igual que las formas de desviación a las que supuestamente responden, y sus efectos subsiguientes en el mundo social. Tal vez valga la pena hacer una pausa para decir algo sobre estas variaciones de forma y enfoque.

Los pánicos morales varían en intensidad, duración e impacto social. Algunos son episodios menores y transitorios, que dejan poco rastro: ¿quién, aparte de los participantes, recuerda ahora la alarma provocada en la Gran Bretaña de los años cincuenta por los Teddy Boys (Pearson, 1983)? Otros son acontecimientos importantes y fatales que transforman masas de vidas y paisajes sociales enteros: la manía de las brujas europeas de los siglos XVI y XVII (Trevor-Roper, 1967) o la preocupación por el “declive nacional” en la Gran Bretaña del siglo XIX (Stedman Jones, 1971), serían ejemplos de ello. Pueden ser brotes aislados, como el pánico de corta duración sobre los tiroteos en las autopistas a finales de la década de 1980 en Los Ángeles (Best, 1999), o formar parte de una serie, en la que cada episodio se construye sobre el otro. El pánico a las drogas (Reinarman y Levine, 1997) y las protestas por el abuso infantil (Hacking, 2000) han tenido esta cualidad acumulativa, una “espiral de significación” (Hall *et al.*, 1978) que se suma a la importancia percibida de cada nuevo giro en la continua narrativa de la preocupación.

Los problemas a los que responden los pánicos morales pueden resultar ser serios, triviales o producto de la imaginación, aunque la extensión revelada del problema por lo general tiene poca relación



con la reacción que produce. Mods y Rockers ahora parecen inocuos. Los robos callejeros o los asesinatos con armas de fuego lo son mucho menos. El pánico de los rituales satánicos de abuso infantil que golpeó a Gran Bretaña a principios de la década de 1990 parece, al igual que las primeras cacerías modernas de brujas, haber sido delirante, pero fue totalmente real en sus efectos y, como resultado de ello, todavía hay gente en prisión (Showalter, 1998; Hacking, 2000).

La frase "extensión revelada" en el párrafo anterior pasa por alto con demasiada rapidez un problema epistemológico que siempre afecta al mundo de los problemas sociales y a su percepción. Estrictamente hablando, la "extensión" de un problema nunca es simplemente "revelada". Al igual que el carácter, así como las causas o las consecuencias del problema, se trata de un bien que es objeto de controversia y negociación colectiva. En algunos casos, estas cuestiones siguen siendo polémicas para siempre. En otros casos, la naturaleza y el alcance de los fenómenos están sujetos a un amplio acuerdo, basado en interpretaciones ampliamente compartidas y en pruebas más o menos sólidas.

Los pánicos morales también varían en términos de causalidad próxima y patrones de desarrollo. Pueden ser eventos espontáneos, comunitarios, conducidos desinteresadamente por actores locales y ansiedades—como parece haber sido el pánico por los Mods y los Rockers en Clacton—o pueden ser diseñados deliberadamente para obtener beneficios comerciales o políticos. Angela McRobbie y Sarah Thornton (1995) describen cómo los productores discográficos de Acid House hicieron todo lo posible para provocar un pánico moral sobre el uso del éxtasis en las fiestas, en un intento de crear atención mediática y publicidad gratuita para su producto. La estrategia de escandalizar a una generación mayor para generar publicidad y atraer a un público más joven y moderno aparece a lo largo de la historia de la música rock moderna, desde Bill Haley y Elvis Presley hasta los Rolling Stones, los Sex Pistols y Marilyn Manson. Y si los pánicos morales inventados comercialmente son inocuos, sus análogos

políticos—como la quema del Reichstag por parte de Hitler en la década de 1930 o la carta de Zinóviev de la década de 1920—tienen consecuencias mucho más fatídicas.

La reacción social involucrada en un pánico moral puede ser más o menos consensual, más o menos dividida. En el estudio de caso original de Cohen, los “guardianes de la sociedad” respondieron a los disturbios de la costa con una sola voz. En mi ejemplo británico de violencia armada, los políticos y comentaristas están mucho más divididos en su reacción y en los marcos interpretativos que tratan de imponer a los acontecimientos (sugeriré, en un momento, que las reacciones sociales consensuales e indiscutibles son cada vez menos comunes en la sociedad contemporánea).

En cuanto a la causalidad, también puede variar según la naturaleza y el enfoque del pánico moral, pero la literatura de investigación regresa repetidamente a un conjunto suelto de condiciones causales que están asociadas con el fenómeno. Las condiciones facilitadoras incluyen (i) la existencia de un medio de comunicación sensacionalista (aunque los historiadores identifican episodios de pánico moral a mediados del siglo XIX y antes: ver Davis, 1980; Pearson, 1983; Adler, 1996—quizás un canal efectivo de comunicación colectiva es todo lo que se necesita); (ii) el descubrimiento de alguna forma de desviación nueva o no comunicada hasta ahora; (iii) la existencia de grupos marginados y outsiders, aptos para ser retratados como “demonios populares”; y (iv) un público ya preparado y sensibilizado. En cuanto a las causas precipitantes, la literatura sugiere que éstas tienen que ver con las transiciones en el orden social, económico o moral de la sociedad. Las amenazas a las jerarquías existentes, la competencia por el estatus, el impacto del cambio social en las formas de vida establecidas y la ruptura de las estructuras de control previamente existentes son las fuentes profundas de pánico emergente que se identifican con más frecuencia. Erikson (1966) sobre la caza de brujas en la Nueva Inglaterra Puritana; Hall *et al.* (1978) sobre el pánico por asaltos en la década de 1970 en Inglaterra;

Williamson (1985) sobre el linchamiento en el sur de Estados Unidos en la década de 1890; o Garland (2001) sobre los complejos delictivos de finales del siglo XX en Gran Bretaña y Estados Unidos, todos ellos proporcionan ejemplos ilustrativos.

*Los demonios populares y su relación con los pánicos morales*

El análisis original de Cohen dejó claro que los pánicos morales y sus demonios populares tienen una relación interactiva—típicamente una de amplificación de la desviación que ocurre porque la atención de los medios de comunicación y el aumento del control social provocan un endurecimiento con respecto a la desviación original, o incluso un aumento de su atracción por los desviados potenciales. Hacking (2000) ha descrito esto como un “efecto de bucle” por el cual la reacción social interactúa con la cosa a la que responde, provocando la transformación de esta última. Este efecto moldeador de la reacción social—el proceso de “crear y moldear” como lo describe Hacking—está sujeto a variaciones empíricas y de ninguna manera siempre resulta en “amplificación”, como Cohen (2004) reconoce en la introducción de la tercera edición de su libro. Dependiendo del contexto, del equilibrio de fuerzas, de la dinámica de interacción y de las elecciones en curso de los participantes, el surgimiento de un pánico moral puede hacer que la desviación en cuestión se detenga, se amplifique o se transforme por completo (considere, por ejemplo, los efectos organizativos, movilizadores y politizadores que las reacciones de pánico moral han tenido a veces en grupos como los solicitantes de asistencia social, las madres solteras, los inmigrantes ilegales, los enfermos de VIH, los hombres homosexuales, etc.).

Lo que Cohen no enfatizó, aunque creo que está implícito en su análisis original y más explícito en *Policing the Crisis* (1978) de Hall *et al.*, es que un grupo específico de desviados es seleccionado para el estatus de “demonio popular”, en gran parte, porque posee características que lo convierten en una pantalla adecuada sobre la

cual la sociedad puede proyectar sentimientos de culpabilidad y ambivalencia. Se desarrollan relatos detallados de este proceso de negación y proyección en Watney (1987) que discute la reacción social al SIDA a principios de la década de 1980 y Williamson (1985) que analiza el surgimiento en la década de 1890 del demonio popular “bestia negra violadora” en el sur de los Estados Unidos.

Un ejemplo vívido de esta negación y proyección inconsciente es el pánico contemporáneo recurrente centrado en los delincuentes sexuales pedófilos. Como sugiere claramente la película *Little Children* de 2007 (Field, 2007), la intensidad del miedo y el odio actuales hacia los abusadores de niños parece estar relacionada con la culpabilidad inconsciente por la paternidad negligente y la ambivalencia generalizada sobre la sexualización de la cultura moderna. Los blancos del pánico moral no se seleccionan al azar: son chivos expiatorios culturales cuya conducta desviada atemoriza tan poderosamente a los espectadores precisamente porque se relaciona con miedos personales y deseos inconscientes. En las pesadillas colectivas, como en los sueños individuales, el surgimiento de una *bête noire* específica está determinado por conflictos preexistentes. El logro de los mejores análisis de pánico moral es hacer conscientes e inteligibles estas implicaciones y ansiedades y mostrar cómo contribuyeron a la protesta en cuestión (la correspondiente debilidad del análisis del pánico moral es, como Paul Rock (2007) ha observado, el fracaso a la hora de proporcionar pruebas de que estas ansiedades de fondo existen realmente y que, en lugar de reaccionar ante el fenómeno desviado, contribuyeron realmente a la aparición del “pánico moral” en cuestión).

Ya he notado los usos políticos de los pánicos morales, pero también hay que destacar que los medios de comunicación suelen ser los principales impulsores y beneficiarios de estos episodios, ya que la sensación que generan—una especie de efervescencia colectiva—vende periódicos, entretiene a los lectores y genera más noticias y comentarios a medida que se desarrolla la historia, los voceros toman

partido y se desarrolla el fenómeno desviado. De hecho, en una discusión temprana de la idea, Jock Young (1971) observó que los medios comerciales tienen una “necesidad institucionalizada de crear pánico moral”. En este sentido, los medios de comunicación “ventilan la indignación del público” e “ingenian” los pánicos morales con el fin de generar noticias y apelar a la imaginación y a las preocupaciones de sus lectores.

### *La productividad de los pánicos morales*

Finalmente, hay que mencionar la productividad de los pánicos morales. Estos episodios hacen que las cosas sucedan. Crean efectos y dejan un legado. Piense en el relato de Hall (Hall *et al.*, 1978; Hall, 1980) sobre cómo el pánico por el “asalto” comenzó a derivar hacia una sociedad de ley y orden, o cómo el pánico estadounidense por las drogas impulsó la acumulación de encarcelamientos masivos (Garland, 2000). Los pánicos recurrentes de los delincuentes sexuales de los últimos 10 años han llevado a un aparato intrusivo de supervisión, restricción y confinamiento que las preocupaciones de las libertades civiles han hecho poco para prevenir. Como dijeron los autores de *Policing the Crisis*, “El pánico moral nos parece una de las principales formas de conciencia ideológica por medio de la cual una ‘minoría silenciosa’ se gana el apoyo de medidas cada vez más coercitivas por parte del Estado, y otorga su legitimidad a un ejercicio de control ‘más de lo habitual’” (Hall *et al.*, 1978: 221).

Los pánicos morales a menudo parecen efímeros, pero con el tiempo su efecto acumulativo puede ser la creación de divisiones sociales y la redistribución del estatus social, así como la construcción de infraestructuras de regulación y control que persisten mucho después de que el episodio inicial haya seguido su curso. Así, James Marone (2003) ha argumentado que en Estados Unidos, donde la ideología del gobierno restringido suele obstruir la expansión de las instituciones estatales, el pánico moral ha dado lugar repetidamente a una forma de construcción reactiva del Estado que es de gran

importancia. Marone argumenta que la extraordinaria “política del pecado” en una nación religiosa “Hellfire”—impulsada por las protestas sobre los efectos nocivos del alcohol, el comercio sexual y las drogas—ha llevado a una acumulación de regulación gubernamental y de aplicación a nivel nacional que nunca podría haberse logrado por medio de procesos políticos normales.

Sin embargo, debemos tener cuidado en este punto para no atribuir demasiada eficacia a los “pánicos” y muy poca a las reacciones racionales a los problemas subyacentes, aunque a menudo es empíricamente difícil desentrañar ambos. Tomemos, por ejemplo, el fenómeno del abuso infantil, que, como ha observado Ian Hacking, es un problema social que se ha puesto de relieve, conceptualizado y abordado en las últimas décadas. Las reacciones sociales y gubernamentales acumuladas ante la percepción del abuso infantil han creado, en nuestras sociedades, un nuevo régimen de sospecha, supervisión y control: “El abuso infantil ha creado un mundo de diferencia. Los niños son sometidos a una educación sobre el tema, a través de videos, desde los primeros años de escolaridad. La televisión y las películas tienen una cuota constante sobre ello. Hay grupos de apoyo y confesionales para abusadores, que siguen el modelo de Alcohólicos Anónimos. El abuso ha sido firmemente comprendido por los movimientos de codependencia. En 1985 había ciudades—Portland, Oregón, por ejemplo—en las que los activistas contra el abuso habían tenido tanto éxito que se les aconsejó a los hombres que nunca tocaran a un niño en público; si un niño que no pertenece a la familia resulta herido, asegúrese de que haya un testigo amistoso antes de ayudar de alguna manera” (Hacking, 2000: 160).

Sin embargo, sería un error atribuir este nuevo régimen regulatorio exclusivamente a los “pánicos morales”. A diferencia de la fantasía del “abuso ritual satánico”—que parece haberse basado enteramente en afirmaciones infundadas—las prácticas más mundanas que implican el “abuso” de los niños (por descuido, maltrato, violencia mental, física y sexual, etc.) son demasiado reales y, una vez que se

han hecho visibles, indudablemente provocarían la condena y los esfuerzos de control, con o sin protestas histéricas y una información exagerada. En tales casos, el pánico moral inicial puede servir para atraer la atención pública y forzar el problema a la agenda política, pero el carácter revelado del fenómeno subyacente puede ser suficiente para explicar las reacciones sociales subsiguientes.

### *Pánico moral y conflictos culturales*

Los estudios recientes (por ejemplo, de McRobbie y Thornton, 1995) ponen de relieve la relativa escasez actual de reacciones sociales consensuadas y la importancia de las voces opositoras en los medios de comunicación y en el dominio público. A principios de la década de 1960, cuando se produjeron los acontecimientos descritos por Cohen, un sistema relativamente cohesivo y unos medios de comunicación de masas estrechamente concentrados podían dar la impresión de una reacción pública unificada. En las décadas transcurridas desde entonces, el crecimiento de los medios de comunicación accesibles al público, junto con el surgimiento de una prensa juvenil alternativa, la existencia de expertos en la materia que cuestionan las afirmaciones alarmistas y de activistas dispuestos a hablar en nombre de los demonios populares seleccionados, hacen que las expresiones consensuadas de preocupación sean mucho más inusuales.

Estos cambios en las condiciones y posibilidades de expresión pública tienen implicaciones para la naturaleza de los pánicos morales. Sugieren un alejamiento de los pánicos morales tal como se conciben tradicionalmente (que implican una relación vertical entre la sociedad y un grupo desviado) hacia algo más parecido a las "guerras culturales" al estilo estadounidense (que implican un conflicto más horizontal entre los grupos sociales). Si este es el caso, sugiere que el Reino Unido puede, a este respecto, estar cada vez más cerca de los Estados Unidos, donde es difícil encontrar algún asunto público sobre el que exista un amplio acuerdo público y una ausencia de voces

disidentes. La aparición generalizada de divisiones raciales, religiosas y regionales, fomentada por las políticas de identidad y expresada por los medios de comunicación de acceso público, garantiza que la mayoría de las cuestiones sociales o morales den lugar a respuestas marcadamente polarizadas, incluso si los términos del debate político y económico son bastante estrechos.

No cabe duda de que hay ocasiones en las que se producen verdaderos pánicos morales en Estados Unidos (el pánico por el abuso infantil es un buen ejemplo), en las que los valores sociales ampliamente compartidos se ven perturbados por la conducta de un grupo desviado. Pero esto es mucho menos común que las cruzadas morales, la política simbólica y las guerras culturales, en las que grupos sociales específicos se dedican a la política moral con el fin de redistribuir el estatus social y declarar una forma de vida superior a sus rivales. Sociólogos como Joseph Gusfield (1986) e historiadores como James Marone (2003) han descrito este fenómeno en detalle (véase también Garland, 2007).

Si se ha pasado de los pánicos morales consensuales a las guerras culturales conflictivas, el significado y el valor de la conducta en cuestión tenderá a ser mucho más controvertido, y los equilibrios de poder entre los grupos contendientes serán mucho menos asimétricos. En lugar de convertirse en demonios populares impotentes ante la indignación pública y obligados a desistir o a adoptar la identidad manchada que se les impone, los destinatarios de las campañas morales actuales tendrán a veces la capacidad de resistirse a las identidades desviadas y de afirmar el valor social y la normalidad de su conducta. En los conflictos morales de este último tipo, la indignación expresada por un grupo de espectadores no provoca un pánico público, sino una respuesta desafiante (e igualmente indignada) de los “demonios populares” cuya conducta fue cuestionada. Los recientes conflictos entre parejas del mismo sexo y la cuestión del matrimonio de homosexuales, o los inmigrantes ilegales y la reforma de la ley, o las mujeres musulmanas y el uso del



*hijab* en la escuela, han comenzado a veces como pánicos morales y han terminado como guerras culturales políticamente controvertidas, lo que sugiere que estas dinámicas pueden verse afectadas por la evolución normativa y los cambios en el estatus del grupo desviado, así como por la proliferación de los medios de comunicación y la fragmentación política.

Por último, una reciente investigación (Thompson, 1998) también ha hecho hincapié en la medida en que los procesos de pánico moral se han vuelto familiares, de modo que los participantes son ahora mucho más conscientes y deliberados que antes. El manejo de los pánicos morales por parte de los medios de comunicación se ha convertido en algo rutinario y predecible. Las reglas del juego son bien conocidas. Los jugadores se alinean con la escalada o desescalada, dependiendo de sus intereses, mientras que los medios de comunicación comentan reflexivamente su propia práctica, a menudo haciendo una historia de la historia. Así, en el ejemplo que cité sobre la violencia armada en Londres, David Cameron y Alan Duncan perseguían una estrategia de maximización, buscando avivar el pánico, generalizar el problema y dar forma a la protesta pública para sus propios fines. Al mismo tiempo, Tony Blair exhortaba a la calma, tratando de “mantener las cosas en perspectiva”, buscando localizar en lugar de generalizar, esperando minimizar el problema sin caer en la trampa de ser visto como “insensible” en relación con la experiencia popular. Mientras tanto, los comentaristas de los medios de comunicación—como Melanie Phillips (2007) en el *Daily Mail*—se refirieron a los comentaristas, hablando de “las señales predecibles de pánico”. En un contexto diferente, el columnista Simon Jenkins (2007) satirizó el proceso estándar de pánico de los medios de comunicación—que calificó de “enfermedad de la publicidad loca”—ridiculizando la “histeria avivada” y la “algarabía”, e instando al escepticismo público frente a los informes alarmantes y a los expertos pontificadores. La tendencia de los medios de comunicación autoimplicados a ironizar su propio sensacionalismo, señalando su

alarmismo en el mismo momento en que hacen sonar la alarma, junto con las nuevas posibilidades de resistencia discutidas anteriormente, tienden a reducir el poder movilizador de los pánicos morales en la actualidad, al menos en comparación con la situación de hace tres o cuatro décadas.

### **El concepto y sus usos**

Como idea sociológica, el concepto de pánico moral es a la vez más durkheimiano y más freudiano de lo que normalmente se supone. Sus aspectos psicoanalíticos—el carácter sintomático de los pánicos, la naturaleza proyectiva de la construcción del demonio popular, los conflictos sociales y psíquicos que subyacen a estos procesos—son relativamente sencillos y no requieren mayor elaboración, pero vale la pena destacar sus dimensiones durkheimianas, ya que a veces se pasan por alto. Los elementos durkheimianos de la teoría de Cohen se relacionan no sólo con la naturaleza definitoria de los pánicos morales—que, en este sentido, representan una extensión de la teoría de Durkheim (1982) sobre la reacción a las desviaciones, aunque en forma neurótica—sino también con la “efervescencia colectiva” que típicamente exhiben los momentos de pánico moral. Hay que tener en cuenta la emoción y la energía que desatan los episodios de pánico moral, así como el disfrute generado por esta ola colectiva de condenación justa—para los participantes y los espectadores, si no para los objetivos de la reacción. Una condición previa para la inversión recurrente de los medios de comunicación y de la clase política en procesos de producción de pánico es, sin duda, la energía emocional y el entusiasmo colectivo que se desencadenan cuando un público masivo puede ser provocado a sentir una indignación apasionada, junto con todas las oportunidades que esta energía proporciona.

En su uso estándar (aunque no en el uso original de Cohen) tendemos a enfatizar la reacción social exagerada que estos eventos involucran y a enfocarnos en los actores y agencias que se benefician

de la respuesta exagerada. Esto no es de extrañar, dadas las raíces del concepto en la crítica del control social por parte de los interaccionistas radicales, y dado su continuo valor como herramienta crítica con la que desacreditar la aplicación de la ley demasiado entusiasta y el conservadurismo moral. Pero este enfoque en el poder y el beneficio y la manipulación egoísta ha tendido a eclipsar las connotaciones morales y psicológicas del concepto, que me parecen esenciales para su significado. Ahora desarrollaré esta observación abordando los orígenes del concepto, sus usos y las actitudes que implica para un observador que utiliza un marco de pánico moral.

### *Orígenes*

Como Cohen señala en su introducción a la tercera edición de *Folk Devils and Moral Panics* (2004), el término “pánico moral” surgió de la teoría de la reacción social de finales de la década de 1960, especialmente la preocupación por el rol de los medios de comunicación en los estereotipos y la tergiversación de las desviaciones y la percepción de que dicha información podría contribuir a una espiral de amplificación de la desviación. Una nueva generación de teóricos de la desviación en Gran Bretaña, incluyendo a Jock Young (en su estudio de 1971 sobre la policía como amplificadores de la desviación del consumo de drogas), Stan Cohen (en su estudio de 1972 sobre *Mobs y Rockers*), y Jason Ditton (en el desarrollo de sus ideas sobre la “controlología”—ver Ditton, 1979) tomó el “modelo de amplificación de desviación” de Leslie Wilkins (1964), junto con las ideas interaccionistas de Edwin Lemert (1967) y Kai Erikson (1966) para desarrollar un enfoque que enfatizara que el control social puede llevar a una desviación intensificada a través de un proceso interactivo de ajuste psicológico y acción social auto-realizada.

Estos fueron los orígenes teóricos más inmediatos del concepto, aunque por supuesto se pueden rastrear otros, que se remontan más

atrás en el pasado sociológico<sup>2</sup>. Pero la idea que se desarrolló en el trabajo de Cohen y sus colegas también tenía lo que se podría llamar una fuente cultural, derivada de las actitudes sociales características de los jóvenes sociólogos de los años sesenta como Cohen, Young y Ditton y sus colegas de la Conferencia Nacional de Desviación. Este era el punto de vista de un observador participante que apreciaba las desviaciones y que a menudo estaba culturalmente más cerca de los desviados que de sus controladores, y que veía el derecho penal como una forma de represión fuera de lugar, al menos en lo que se refiere a la desviación suave del consumo de drogas y el estilo subcultural. Frente a lo que consideraban reacciones desinformadas, intolerantes e innecesariamente represivas a las desviaciones de las autoridades conservadoras, estos sociólogos desarrollaron una respuesta crítica estándar, una crítica con la que contrarrestar la reacción social opresiva.

Su crítica tenía dos aspectos. El primero apuntaba a un error empírico, motivado por una ansiedad fuera de lugar: “La sociedad heterosexual está reaccionando exageradamente”, insinuando, “el problema es mucho menos grave y menos amenazante de lo que la gente piensa. Relájate, no entres en pánico, nadie saldrá herido”. El segundo aspecto era de carácter más normativo, más centrado en la forma de la reacción social y más crítico con su postura moralista y crítica: “El verdadero problema no es el comportamiento desviado, es tu necesidad compulsiva de moralizar. Ser más tolerantes, más abiertos a la diferencia y a la diversidad. Olvídate de tu rígida y anticuada moralidad. Relájate, no te asustes, nadie aquí está haciendo nada malo”. El término “pánico moral”—tanto eslogan como concepto en su uso típico—captó perfectamente estas respuestas, condensando claramente el análisis y la actitud.

---

<sup>2</sup> Paul Rock (2007) ha señalado que la concepción de Stan Cohen es similar en algunos aspectos a las ideas que estaban vigentes en la sociología estadounidense: véase la discusión de los “pseudodesastres” en Drabek y Quarantelli (1967) y Gerassi (1965/2001). La discusión de Best sobre las “leyendas urbanas” (Best y Horiuchi, 1985) cita varios estudios anteriores que informan sobre diversos episodios de histeria colectiva y reacciones impulsadas por rumores.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que los teóricos del etiquetamiento como Cohen y Young hablaban sobre todo de desviación, delincuencia menor y delitos "sin víctimas", más que de delitos graves. Su crítica de la reacción moral exagerada se dirigía principalmente a fenómenos de baja intensidad como el uso de drogas blandas, la desviación sexual y la delincuencia juvenil, más que al asesinato, la violación o el robo. En consecuencia, cuando Stuart Hall y sus colegas aplicaron el término "pánico moral" a la reacción social provocada por los "asaltos" ingleses, es decir, a los robos en las calles urbanas, que conllevan violencia, miedo y lesiones corporales, estaban llevando el análisis más allá de lo que había llegado antes. Este movimiento rápidamente atrajo críticas, especialmente del criminólogo P. J. Waddington (1986), quien no sólo cuestionó el análisis de Hall *et al.* de las estadísticas de robos, sino también su juicio sobre cuál es la respuesta moral apropiada a los incidentes de crímenes violentos y al sufrimiento de sus víctimas.

A pesar de estas críticas, el atractivo de los análisis basados en el pánico moral era tan poderoso para muchos criminólogos en la década de 1970 que su actitud de desacreditación se generalizó con frecuencia, y se convirtió en una forma de desestimar las afirmaciones de que las tasas reales de delincuencia estaban aumentando o que los miembros del público debían sentirse inseguros. A medida que avanzaba la década, y los índices de criminalidad registrados continuaban aumentando, esta postura radical fue ridiculizada por los partidarios conservadores de la "ley y el orden" por estar fuera de contacto con la experiencia pública y ser excesivamente tolerante con los delincuentes peligrosos.

A finales de la década, un grupo de criminólogos de izquierda, liderados nada menos que por Jock Young (posiblemente el primer escritor en utilizar la frase "pánico moral" en su obra publicada, aunque sin la elaboración conceptual que recibiría más tarde en los escritos de Cohen), desarrollaron una posición bastante diferente, a la que llamaron "criminología realista" o "realismo de izquierda"

(Kinsey et al., 1986; Matthews y Young, 1986). Young describe esta criminología como construida sobre el mandato de “tomar en serio el crimen”. Como escribió más tarde, “[el realismo de izquierda] surgió como una crítica de la tendencia predominante en los comentarios de izquierda y liberales que minimizaban el problema del crimen, hablando de pánicos morales instigados por los medios de comunicación y temores irracionales a la delincuencia” (Young, *s/f*).

Como sucede a menudo cuando un concepto parece especialmente poderoso o iluminador, el cuidado y la precisión de su aplicación original fueron olvidados a medida que su uso se hacía más general e indiscriminado. El análisis se subordinó a la actitud y, durante un breve período a finales de los años setenta y ochenta, el término quedó atrapado en batallas ideológicas en las que el significado social de la desviación y la reacción, el delito y el control, se convirtió en un importante reto no sólo en el debate criminológico sino también en la política nacional (Garland, 2001—para una excelente discusión sobre el análisis del pánico moral y sus contextos culturales, véase Young, 2007).

### *Actores, observadores y escépticos*

A pesar de los comentarios reflexivos de los medios de comunicación y la explotación a sabiendas por parte de los políticos, el término “pánico moral” es casi siempre una categoría de observación externa, no una autodescripción de los participantes, al menos no mientras están participando. Es una adscripción, una atribución, una etiqueta aplicada por personas ajenas. La etiqueta insiste en que el comportamiento reactivo que describe es inapropiado, mal juzgado y desproporcionado. Uno debe suponer que las personas cuya conducta está siendo descrita de esta manera no creen que están involucradas en un pánico moral y típicamente cuestionarían esa descripción. Es, en ese sentido, una etiqueta negativa aplicada a los que se dedican al etiquetamiento negativo, la venganza del analista contra las fuerzas de la reacción social.

Atribuir esta etiqueta a la conducta de otros, describir una reacción social como pánico moral, implica más que un juicio empírico sobre la conducta: también implica una postura definida por parte del analista, una orientación específica. La actitud principal del sociólogo del pánico moral no es el realismo desapegado, ni el racionalismo, ni siquiera el empirismo de los hechos. Es la actitud de *escepticismo*—una actitud de incredulidad consciente, un rechazo urbano a ser engañado o arrastrado. Si los pánicos morales a veces tienen un celo religioso, incluso un fundamentalismo anticuado, la tarea de exponerlos como pánicos morales recae sobre los escépticos, los agnósticos y los incrédulos.

En muchos casos, este escepticismo amoral es todo lo que hay, y el ejercicio es de exposición y desacreditación. La mayoría de los escritos periodísticos sobre el pánico moral adoptan esta modalidad. Pero en el trabajo de sociólogos como Cohen o Hall, el escepticismo que permite la observación inicial da paso a una actitud diferente, más analítica, más explicativa, o quizás mejor, más diagnóstica. Recordemos que la atribución es de un “pánico” y no simplemente de un error o un juicio equivocado. En ese sentido, el analista apunta no sólo a una reacción exagerada, sino a una forma de comportamiento neurótico, una histeria, una psicopatología y, por implicación, a un conflicto subyacente que está produciendo el pánico moral como expresión de su actuación. Cuando se hace un seguimiento sistemático de esta pista analítica, se puede obtener un informe exhaustivo de los procesos subyacentes que convergen para sobredeterminar el estallido de pánico. Típicamente, una explicación diagnóstica plenamente desarrollada operará en los niveles de *significado simbólico* (¿por qué este demonio popular, interpretado como este tipo de monstruo, con estas connotaciones y asociaciones específicas?), *relaciones sociales* (¿por qué este grupo, con estos intereses, en este lugar?) y *temporalidad histórica* (¿por qué en este momento, después de estos acontecimientos, en este período?). *Policing the Crisis*, con su marco explicativo estratificado y su investigación empírica

multidimensional, sigue siendo un ejemplo a este respecto, sobre todo en su alcance y ambición, y en su visión predictiva sobre la deriva de Gran Bretaña hacia una sociedad de ley y orden.

### *Problemas y limitaciones conceptuales*

El análisis del pánico moral atrae una serie de críticas recurrentes— para una discusión, ver Thompson (1998) y Goode y Ben Yehuda (1994). Ninguno de estos factores socava el valor del concepto, pero, como reconoce el propio Cohen (2002), identifican problemas y limitaciones que deben ser tenidos en cuenta por los analistas que utilizan el concepto en su trabajo. En lugar de repetir el detallado debate de Cohen, me limitaré a destacar las principales preocupaciones.

**Proporción.** El punto de partida para cualquier análisis de pánico moral es una afirmación de que una reacción particular es de alguna manera desproporcionada a la desviación que condena<sup>3</sup>. Esta suposición de desproporcionalidad invita inmediatamente a disputas empíricas sobre la naturaleza real y el alcance del problema subyacente—“¿es la reacción realmente desproporcionada, o el problema es más grande de lo que se piensa?”. Pero las disputas aquí tienden a ser algo inextricables porque lo que se está midiendo no suele ser sólo la conducta real (¿Cuántos asaltos? ¿Cuántos alborotadores? ¿Cuánto daño?), sino también el tamaño de una amenaza potencial y un peligro moral percibido.

**¿Proporcional a qué?** Las dificultades de la medición y la evaluación son prácticas que a menudo pueden resolverse mediante el uso cuidadoso de datos y métodos de investigación apropiados. Pero, para algunos críticos, la idea de una respuesta mensurablemente proporcionada no tiene sentido. Los relativistas escépticos como

---

<sup>3</sup> Como me señaló Jock Young (2007, *comunicación personal*), para el analista de pánico moral, la reacción es vista como “proporcionada”, no a la desviación que se condena, sino a las ansiedades subyacentes que se expresan.



Simon Watney (1987) han observado que cuando el sociólogo afirma encontrar una reacción social desproporcionada, no está midiendo la reacción contra una realidad dura, sino simplemente contra su propia representación de cómo son las cosas. En este marco de comprensión, no se recurre a los datos empíricos de que dispone el analista, ni se recurre a la razón, sino a un concurso de representaciones que en última instancia está determinado por el poder y el interés. Como señalé anteriormente, la cuestión epistemológica aquí es la siguiente: ¿Puede el objeto de preocupación (el problema, la desviación, el comportamiento) ser conocido alguna vez con alguna objetividad, o sólo existen varias interpretaciones y representaciones subjetivas? En la medida en que la pregunta es empírica, tomo la posición anterior. En el caso de que sea normativo, el pluralismo de juicio es en gran medida inevitable<sup>4</sup>.

**Juicios morales.** Esto nos lleva directamente a los aspectos normativos de los pánicos morales, su elemento de condena moral. Mientras que el sociólogo puede encontrar una base sólida—o algo cercano a ella—para medir las tasas de conducta, el alcance de los daños materiales, o incluso la magnitud de un riesgo, es mucho más difícil evaluar la validez de los juicios morales hechos por otros. Cuando alguien describe un episodio como un pánico moral, siempre es posible suponer que simplemente se niega a tomar en serio el punto de vista moral de aquellos que están alarmados. Lo que el analista ve como una reacción histérica exagerada puede ser visto por los participantes como una respuesta apropiada a un mal moral profundamente preocupante. Los temores populares pueden estar bien fundamentados, y la preocupación moral puede estar debidamente expresada. ¿Cómo podemos elegir entre estos puntos de vista, aparte de elegir tomar partido en cuestiones morales y así salir de nuestro papel como sociólogos?

---

<sup>4</sup> Como señala Paul Rock (2007), los mismos problemas de evidencia y evaluación se aplican a las "ansiedades subyacentes" que, según el analista de pánico moral, son la causa real de la reacción social.

Tal vez por eso se leen muy pocos casos de análisis de “pánico moral” aplicados a episodios en los que la preocupación moral subyacente parece ser compartida por los sociólogos que invocaron el término. Consideremos el caso de Philip Jenkins y su libro, *Beyond Tolerance: Child Pornography on the Internet* (2001), que muestra claramente cómo el juicio moral del analista puede afectar el análisis. Jenkins, autor de varios libros sobre pánico moral, nos dice que se propuso escribir un libro sobre pánico moral relacionado con Internet que desacreditaría la afirmación de que la pornografía infantil basada en la web es un problema importante. Su investigación lo llevó al punto de vista opuesto: “Inicialmente creí que la [pornografía infantil] era poco común en la Web. Estaba equivocado. Tiene una presencia sustancial, y mucho del material que hay ahí fuera es peor de lo que la mayoría de nosotros podemos imaginar (...) Después de haber pasado una década argumentando que varias amenazas sociales eran muy exageradas (...) Ahora me encuentro en la desconcertante posición de intentar suscitar la preocupación de la opinión pública por un problema bastante auténtico que se ha descuidado” (8-9).

Jenkins se describe a sí mismo como un libertario que cree que el derecho penal no debería invadir cuestiones de moralidad personal; pero esto era demasiado, incluso más allá de su tolerancia.

**Reacción desenfrenada.** El avance conceptual que inició el estudio de los fenómenos de reacción social—de los cuales los pánicos morales son una categoría, junto con las oleadas de control, las campañas de orden público, la tolerancia cero, la definición de la desviación hacia abajo, y así sucesivamente—fue la idea de que la reacción social no está totalmente determinada por la desviación a la que supuestamente responde, que dicha reacción tiene su propia dinámica, y que la reacción social puede ser estudiada en sus propios términos. Como observa Paul Rock, “el ‘pánico moral’ en particular capturó la capacidad de las oleadas de control para lograr una autonomía fenomenológica y social, adquiriendo su propia vida y

desarrollándose en forma aparentemente independiente de los fenómenos de los que se nutrían, pero dando forma a esos fenómenos a medida que evolucionaban” (2007: 1).

El estudio de los pánicos morales forma parte, pues, de una importante agenda de investigación que apenas existía antes de los años sesenta.

Pero si la idea de la autonomía de la reacción social era liberadora e instructiva, también puede ser una trampa en la medida en que la mayor parte de la reacción social está realmente relacionada con (o al menos desencadenada por) algunos fenómenos desviados subyacentes, por muy discutidos y contruidos que puedan estar, y por muy tenues que sean las reacciones a los mismos. En sus aplicaciones más crudas, el análisis de pánico moral tiende a perder de vista esta relación, haciendo desaparecer el problema subyacente y haciendo caso omiso de las preocupaciones de quienes se ven afectados negativamente por él. El truco es pensar no en términos de una distinción absoluta (estudiando la reacción pero no la desviación, el castigo pero no el delito) sino en términos de autonomía relativa— estudiando las múltiples dinámicas de la reacción, sólo algunas de las cuales se relacionan con la desviación que se está abordando. Los vínculos entre la desviación y la reacción, el delito y el castigo, pueden ser tenues y poco determinantes, pero suelen existir.

**Antropomorfización.** La afirmación de que una sociedad (a diferencia de un individuo o varios individuos) puede tener un comportamiento histérico y de pánico parece, para algunos críticos, implicar una interpretación ilegítima de los procesos sociales colectivos como procesos psicológicos individualistas. Y en algunos de los primeros análisis de pánico moral había una tendencia a hablar de “sociedad” y de “reacción social” como si éstas fueran indiferenciadas, unificadas y personificadas, cuando en realidad las actividades de los actores dentro de los medios de comunicación, la policía, el gobierno y el público, pueden involucrar intereses y

motivaciones muy diferentes (McRobbie y Thornton, 1995). La creciente conciencia de la fragmentación política y la proliferación de los medios de comunicación hacen que estos relatos antropomorfizados sean menos creíbles y menos comunes en la literatura contemporánea.

*Policing the Crisis* (Hall *et al.*, 1978) representa un intento interesante de afirmar que hay diversidad y conflictos de intereses dentro del estado, los medios de comunicación y el bloque gobernante, así como dentro de la población en general, y que un pánico moral sobre los asaltos podría ayudar a formar una “opinión pública” más o menos unificada sobre la ley y el orden. Los procesos que produjeron esta representación unificada dentro de un campo complejo y contradictorio de relaciones de poder son un foco principal del libro, concebido dentro de un marco teórico gramsciano que se centró en el trabajo ideológico e institucional que dio lugar a esta respuesta pública “espontánea”. Como dicen los autores, “la opinión pública sobre el delito no se forma simplemente al azar (...) es el despertar de actitudes públicas laicas, y su cristalización en formas que afianzan y apoyan los puntos de vista ya en circulación, lo que ayuda a cerrar el círculo consensual, proporcionando el eje central de la legitimación” (Hall *et al.*, 1978: 136-7).

**La ética de la atribución.** Antes señalé que el “pánico moral” es siempre un término adscrito, atribuido desde el exterior, generalmente de manera crítica. Aunque el problema no ha sido reconocido previamente, me parece que esta relación de adscripción crítica trae consigo lo que podría llamarse una *ética de la atribución* que da forma al uso del término, y que ocasionalmente impide a los analistas aplicarlo. En otras palabras, puede haber situaciones en las que las condiciones empíricas parecen invitar al análisis de “pánico moral”, pero en las que las consideraciones éticas hacen que la atribución parezca sin tacto, moralmente insensible o de otro modo inapropiada. ¿Cuáles son estas consideraciones éticas y cómo

conforman el análisis? Tal vez las más importantes sean las cuestiones de escala e intensidad, y las consideraciones de los perjudicados por la desviación en cuestión.

Pensemos en la respuesta masiva y a veces hiperbólica de los medios de comunicación y del gobierno a los atentados del 11 de septiembre de 2001. Este fue un episodio de reacción social que parece cumplir claramente los criterios de una atribución de pánico moral—mostrando *preocupación, hostilidad, consenso, desproporción y volatilidad*, así como una dimensión moral definida y un sentido de que un estilo de vida está siendo amenazado—y sin embargo hay una clara reticencia a describir este episodio como si implicara un pánico moral.

Después del 11 de septiembre se notó que los comentaristas evitaron cuidadosamente describir la reacción como un pánico moral, incluso cuando la conducta de la prensa, el aparato de control y el público parecían invitar precisamente a este tipo de análisis. De hecho, hubo un artículo publicado seis meses después de los hechos (Walker, 2002), en el que se entrevistó a varios sociólogos de “pánico moral”—Joel Best, Philip Jenkins, Eric Goode—todos los cuales tuvieron mucho cuidado en rechazar la atribución de este término a la reacción, a pesar de que, como señalaron, parecía encajar en el modelo en muchos aspectos.

¿Por qué ha sido así? En parte, sin duda, se debió a la incertidumbre sobre la naturaleza de la amenaza en cuestión. A principios de 2002, tras los ataques aéreos y un brote de intoxicación por ántrax, nadie estaba seguro de la magnitud del peligro o de la probabilidad de ataques posteriores. Pero la razón principal de esta renuencia a invocar la idea del “pánico moral” fue, creo, una razón ética. Estos sociólogos no estaban dispuestos a desafiar los sentimientos morales que impulsaron la reacción social. No estaban dispuestos a hacer el papel de escépticos desacreditadores frente a un dolor y un miedo tan intensos y a tantas víctimas asesinadas. Me parece probable, al menos a mí, que consideraran la atribución del “pánico moral” como analíticamente apropiada pero éticamente tabú.

Curiosamente, seis años después, han comenzado a aparecer artículos y libros que sí hacen la atribución, describiendo la respuesta al 11-S como un gigantesco pánico moral con consecuencias masivas para aquellos atrapados en su histeria represiva (Rothe y Muzzatti, 2004; Mueller, 2006; para una aplicación más matizada, ver Welch, 2006). Ahora que las emociones se han calmado y los temores se han disipado, el escepticismo analítico parece más factible, aunque muchos seguirán considerándolo escandaloso e irresponsable.

Las inhibiciones éticas que he descrito pueden no ser muy importantes en la práctica—aunque tenderán a prevenir las reacciones sociales a los grandes eventos y desastres a gran escala que se estudian dentro de un marco de pánico moral, al menos por un tiempo. Más importante es lo que este punto revela sobre la relación crítica que el análisis de pánico moral establece entre el analista y los actores sociales analizados. Sea intencionado o no, el análisis basado en el pánico moral conlleva cierta agresión y menosprecio crítico que no se puede ocultar completamente bajo el disfraz de objetividad académica.

### **En conclusión: conceptos contrastantes y complementarios**

Para que un concepto tenga sentido y pueda ser aplicado con precisión, tiene que operar dentro de una red de otros conceptos, contra los cuales puede distinguirse u oponerse. El contexto analítico más amplio dentro del cual opera el concepto de pánico moral es el estudio de la reacción social, y el análisis de la “reacción social”—un nombre genérico para un conjunto muy variado y complejo de fenómenos—se presta claramente a más de un concepto. Concluiré este artículo identificando algunos conceptos contrastantes y complementarios que podrían utilizarse para afinar el enfoque y ampliar la gama del análisis de pánico moral.

## Negación

Un concepto contrastante importante que opera en el mismo marco general que el pánico moral es la idea de “negación”—un tema sobre el que Stanley Cohen también ha escrito extensamente (Cohen, 2000). Como concepto psicológico, la negación es el rechazo a permitir el acceso a la conciencia de un evento perturbador, pero como Cohen ha demostrado, la negación también tiene dimensiones sociológicas y puede ser analizada como un conjunto de prácticas sociales. Discutiendo la conducta de las agencias estatales y otras autoridades, distingue la “*negación literal* (no pasó nada); *negación interpretativa* (algo pasó, pero no es lo que usted piensa); y *negación implicatoria* (lo que pasó no es tan malo y se lo puede justificar)” (Cohen, 2004: xxxiii [2015: 48]). Si el pánico moral es una reacción moral excesiva o desproporcionada, la negación es la *ausencia* inapropiada de tal reacción. No se trata de un arrebató histérico, sino de un silencio histérico (o deliberado), de una determinación (consciente o inconsciente) de no hablar de los acontecimientos o episodios perturbadores.

Si tomamos estos dos aspectos del trabajo conjunto de Cohen, se hace evidente que el estudio de los pánicos morales no debe ser considerado como una empresa independiente, sino como un momento en una preocupación mayor por lo que se podría llamar la sociología de la reacción moral. Tomado como un todo, el trabajo de Cohen analiza una variedad de tipos de reacción social, trazando un continuo de respuestas colectivas a la desviación social y moral. Los pánicos morales, su primera aventura en ese territorio, llegaron a representar un polo de ese continuo. Es, como he demostrado, el polo escéptico, que enfatiza la reacción exagerada, el clamor ruidoso y la moralidad innecesaria. En el otro polo está el fenómeno de la “negación”, donde el problema es el contrario: una tendencia al

silencio, un patrón de reacción insuficiente, un fracaso de la imaginación moral<sup>5</sup>.

Curiosamente, esta sociología rudimentaria de la reacción moral aún no ha desarrollado ninguna categoría diseñada para identificar o describir lo que se podría llamar *reacción social moralmente apropiada*, aunque tal categoría parece lógicamente integral al proyecto (Cohen (2000) identifica el “reconocimiento” como lo contrario de la “negación”, pero se refiere al reconocimiento de las atrocidades por parte de los actores estatales, razón por la cual la categoría carece tanto de afecto como de tono moral). De hecho, como señalan los críticos del análisis del pánico moral, un sentido orientador de cómo podría ser una reacción social moralmente apropiada está implícito en cualquier juicio de que una reacción específica fue excesiva, o desproporcionada, o entró en pánico. En otras palabras, un concepto implícito, no articulado, de la respuesta moral bien juzgada está siempre presente en tal trabajo, aunque raramente articulado o defendido.

Me parece que la necesidad de una concepción explícita de este tipo es lo que Cohen señala en las últimas páginas de su introducción a la tercera edición (2004: xxxiii [2015: 48]), en la que habla de políticas culturales que implican “suscitar ‘buenos’ pánicos morales”, aunque aquí la palabra “pánico” se interpone en el camino en la medida en que implica una reacción exagerada y una respuesta equivocada. Quizás la noción de Durkheim de una “indignación pasional” justa, moralmente tonificada (Durkheim, 1997) estaría más cerca de la realidad. Dadas las divisiones sociales preexistentes, las disputas sobre la interpretación de los hechos y la atribución de responsabilidades, y también la preferencia ocupacional por la crítica más que por el respaldo moral, es poco probable que los sociólogos encuentren muchos casos empíricos de “reacción social moralmente apropiada”.

---

<sup>5</sup> En algún lugar entre estos extremos de reacción exagerada e insuficiente se encuentra el enfoque del trabajo de Cohen en *Visions of Social Control* (1985), que aborda el problema de la clasificación errónea de la moral y la auto-engañosa amoralidad de la charla sobre el control. Para un análisis de ambos polos del trabajo de Cohen, véase Welch (2007).



Los sociólogos—e incluso los exponentes de la “sociología de la moral” como Durkheim y Cohen—tienden a sentirse más cómodos a la hora de tratar los casos desviados. Pero la existencia de tal categoría debe ser lógicamente aceptada, aunque sólo sea como un dispositivo heurístico en el análisis de los casos de desviación.

### *Trauma cultural*

Si el concepto de “pánico moral” se desarrolló para desinflar la reacción social señalando una reacción neurótica exagerada o una histeria sintomática, entonces quizás su antítesis sea el concepto de “trauma cultural”, destinado a marcar un acontecimiento moral profundo y sus consecuencias culturales duraderas. Jeffrey Alexander *et al.* (2004) han desarrollado recientemente este concepto de “trauma cultural” para identificar los acontecimientos que provocan una profunda preocupación moral y una respuesta social, así como para rastrear las heridas que estos traumas dejan en una cultura. El Holocausto nazi y la experiencia de esclavitud de Estados Unidos son acontecimientos de este tipo. Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 y el escándalo político de Watergate también pueden encajar en esta categoría. Pero el uso de este término no cuestiona la integridad ni la proporcionalidad de la reacción social. Por el contrario, acepta incuestionablemente que algunos acontecimientos son tan profundamente perturbadores para el orden moral que traumatizan una cultura y la vida colectiva de sus miembros. Alexander *et al.*, lo expresan así, “El trauma cultural ocurre cuando los miembros de una colectividad sienten que han sido sometidos a un acontecimiento horrible que deja marcas indelebles en su conciencia grupal, marcando sus memorias para siempre y cambiando su identidad futura de manera fundamental e irrevocable” (2004: 1).

Así, cuando los criminólogos discuten la reacción social que siguió al asesinato de Theo Van Gogh en los Países Bajos y discuten si debería clasificarse como pánico moral (véase Downes y van

Swaaningen, 2007) o como trauma cultural (véase de Haan, 2007), evalúan, en parte, la escala y la gravedad del suceso, así como la integridad moral de las respuestas a él.

### *Reacciones de la sociedad de riesgo*

La voluminosa literatura que ha crecido recientemente en torno al tema del “riesgo” y la “sociedad del riesgo” (Beck, 1992) tiene muchas dimensiones (Garland, 2003) y no todas estas cuestiones son directamente relevantes para nuestra discusión aquí. Pero en la medida en que esta literatura discute la percepción del riesgo, la comunicación del riesgo, la gestión del riesgo y la política general y la sociología del riesgo, hay claramente superposiciones importantes con la literatura sobre el pánico moral (y, por supuesto, con la literatura de investigación sobre desastres, que fue una fuente importante para el primer libro de Cohen). Uno puede distinguir los pánicos morales del tipo de reacción social producida por la amenaza del calentamiento global, o el desastre nuclear, o los peligros biológicos, señalando las cuestiones de escala e integridad que he comentado anteriormente, y también observando que estas últimas tienden a implicar riesgos para la salud y el bienestar de una población, en lugar de amenazas al código moral de un grupo en particular. Los pánicos morales implican una desaprobación ansiosa de las amenazas morales, mientras que las amenazas sociales de riesgo implican una temible incertidumbre sobre los peligros materiales.

Con esto en mente, escritores como Ungar (2001) han tratado de establecer una distinción clara entre los fenómenos (y la teoría asociada) de los pánicos morales y los fenómenos abordados por la literatura de la sociedad de riesgo: “Los pánicos morales suelen centrarse en procesos de control social dirigidos a las fallas morales de los grupos desposeídos. Los temas relacionados con la sociedad del riesgo tienden a involucrar a diversos grupos de interés que se disputan reclamaciones científicas relativamente intratables”.

Pero esta distinción puede estar sobrecargada (Welch, 2006), y sería una lástima que la nueva investigación sobre el riesgo y la percepción del riesgo no se utilizara para profundizar nuestra comprensión de los pánicos morales, por ejemplo, sobre la cuestión de la relación entre el “riesgo subjetivo” y el “riesgo objetivo”—un tema que ha sido objeto de sofisticadas teorías e investigaciones en la literatura sobre el riesgo (véase, para una discusión y referencias, Garland [2003]), pero que a menudo se ha descuidado en los estudios sobre el pánico moral. También podemos observar que, si bien las reacciones de la sociedad de riesgo suelen comenzar con peligros para la salud y amenazas a la vida, a menudo terminan por cuestionar la moralidad de formas de vida específicas. Cuando éste es el caso, puede haber poco que distinga el pánico moral de las reacciones de la sociedad de riesgo, excepto la escala del problema percibido y la actitud moral que le aplicamos.

## Referencias

Adler, J. S.: “The Making of a Moral Panic in 19th-Century America: The Boston Garrotting Hysteria of 1865”, *Deviant Behavior* 17, 1996, 259–78.

Alexander, J., R. Eyerman, B. Giesen, N. Smelser y P. Sztompka: *Cultural Trauma and Collective Identity*, Berkeley, CA: University of California Press, 2004.

Beck, U.: *Risk Society: Toward a New Modernity*, London: SAGE, 1992 [trad.: *La sociedad del riesgo*, Barcelona: Paidós, 2006].

Best, J.: *Random Violence*, Berkeley, CA: University of California Press, 1999.

Best, J. y G. Horiuchi: “The Razor Blade in the Apple: The Social Construction of Urban Legends”, *Social Problems* 32 (5), 1985, 488–99.

Cohen, S.: *Folk Devils and Moral Panics: The Creation of the Mods and Rockers*, Oxford: Martin Robertson, 1972.

Cohen, S.: *Visions of Social Control*, Cambridge: Polity, 1985.

Cohen, S.: *States of Denial: Knowing About Atrocities and Suffering*, Cambridge: Polity, 2000 [trad.: *Estados de negación*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2005].

Cohen, S.: *Folk Devils and Moral Panics* (3º ed.), London: Routledge, 2004 [trad.: *Demonios populares y pánicos morales*, Barcelona: Gedisa, 2015].

Cowell, A.: “Latest Death of Teenager in South London Unsettles Britain”, *The New York Times*, 17 February, 2007.

Davis, J.: “The London Garrotting Panic of 1861: A Moral Panic and the Creation of a Criminal Class in Mid-Victorian England”, en: V. A. C. Gatrell, B. Lenman y G. Parker (eds.): *Crime and the Law: The Social History of Crime in Western Europe since 1500*, London: Europa, 1980, 190–213.

De Haan, W.: “The Multicultural Drama in the Netherlands”, *Kriminologisches Journal* (forthcoming).

Ditton, J.: *Controlology: Beyond the New Criminology*, London: Macmillan, 1979.

Dorling, D.: “Prime Suspect: Murder in Britain”, en: P. Hillyard, C. Pantazis, S. Tombs, D. Gordon y D. Dorling (eds.): *Criminal Obsessions: Why Harm Matters More than Crime*, London: Crime and Society Foundation, 2005, 23–38.

Downes, D. y R. van Swaaningen: “The Road to Dystopia: Changes in the Penal Climate in the Netherlands”, en: M. Tonry y C. Bijleveld (eds.): *Crime and Justice in the Netherlands*, Chicago: Chicago University Press, 2007.

Drabek, T. y E. Quarantelli: “Scapegoats, Villains and Disasters”, *Transaction* 4, 1967, 12–17.

Durkheim, E.: *The Rules of Sociological Method*, New York: Free Press, 1982 [trad.: *Las reglas del método sociológico*, México, D.F.: FCE, 2001].

Durkheim, E.: *The Division of Labor in Society*, New York: Free Press, 1997 [trad.: *La división del trabajo social*, Barcelona: Planeta, 1985].

Erikson, K.: *Wayward Puritans*, New York: John Wiley, 1966.

Garland, D.: *Mass Imprisonment: Social Causes and Consequences*, London: SAGE, 2000.

Garland, D.: *The Culture of Control*, Oxford: Oxford University Press, 2001 [trad.: *La cultura del control*, Barcelona: Gedisa, 2012].

Garland, D.: “The Rise of Risk”, en: R. Ericson (ed.): *Risk and Morality*, Toronto: University of Toronto Press, 2003, 48–86.

Garland, D.: “Rethinking the Symbolic-instrumental Distinction: Meanings and Motives in American Capital Punishment”, en: A. Brannigan y G. Pavlich (eds.): *Governance and Regulation in Social Life: Essays in Honour of W. G. Carson*, London: Routledge-Cavendish, 2007.

Gerassi, J.: *The Boys of Boise: Furor, Vice and Folly in an American City*, Seattle, WA: University of Washington Press, [1965] 2001.

Glover, J. y A. Travis: “Teenage Gang Shootings Blamed on Family Breakdown, Poll Reveals”, *Guardian*, 23 February, 2007.

Goode, E. y N. Ben Yehuda: *Moral Panics: The Social Construction of Deviance*, Oxford: Blackwell, 1994.

Gusfield, J.: *Symbolic Crusade: Status Politics and the American Temperance Movement* (2º ed.), Urbana, IL: University of Illinois Press, 1986.

Hacking, I.: *The Social Construction of What?*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2000.

Hall, S.: *Drifting into a Law and Order Society: The 1980 Cobden Trust Lecture*, London: Cobden Trust, 1980.

Hall, S., C. Critcher, T. Jefferson, J. Clarke y B. Robert: *Policing the Crisis*, London: Macmillan, 1978.

Jenkins, P.: *Beyond Tolerance: Child Pornography on the Internet*, New York: New York University Press, 2001.

Jenkins, S.: “Forget Bird Flu: Mad Publicity Disease is Much More Scary”, *Guardian Unlimited*, 14 February, 2007.

Jones, G.: “Our Country Needs ‘Re-civilizing’”, *Daily Telegraph*, 17 February, 2007.

Lemert, E.: *Human Deviance, Social Problems and Social Control*, Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1967.

Kinsey, R., J. Lea y J. Young: *Losing the Fight Against Crime*, Oxford: Blackwell, 1986.

McRobbie, A. y S. Thornton: “Re-thinking Moral Panics for Multi-mediated Social Worlds”, *British Journal of Sociology* 46 (4), 1995, 559–74.

Marone, J.: *Hellfire Nation*, Yale, CT: Yale University Press, 2003.

Matthews, R. y J. Young: *Confronting Crime*, London: SAGE, 1986.

Mueller, J.: *Overblown: How Politicians and the Terror Industry Inflate National Security Threats and Why We Believe Them*, New York: Free Press, 2006.

Pearson, G.: *Hooligan: A History of Respectable Fears*, London: Macmillan, 1983.

Phillips, M.: “A Criminal Absence of Will”, *Daily Mail*, 19 February, 2007.

Reinarman, C. y H. Levine: *Crack in America*, Berkeley, CA: University of California Press, 1997.

Rock, P.: *Untitled paper presented at a symposium to mark the retirement of Professor Stanley Cohen*, LSE, London, 2007.

- Rothe, D. y S. L. Muzzatti: "Enemies from Everywhere: Terrorism, Moral Panic, and US Civil Society", *Critical Criminology* 12, 2004, 327–50.
- Showalter, E.: *Hystories*, New York: Columbia University Press, 1998.
- Stedman-Jones, G.: *Outcast London: A Study in the Relationship Between Classes in Victorian Society*, Oxford: Oxford University Press, 1971.
- Thompson, K.: *Moral Panics*, London: Routledge, 1998 [trad.: *Pánicos morales*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2014].
- Trevor-Roper, H.: *The European Witch Craze of the 16th and 17th Centuries*, Harmondsworth: Penguin, 1967.
- Ungar, S.: "Moral Panic versus the Risk Society: The Implications of Changing Sites of Social Anxiety", *British Journal of Sociology* 52 (2), 2001, 271–91.
- Waddington, P. J.: "Mugging as a Moral Panic: A Question of Proportion", *British Journal of Sociology* 37 (2), 1986, 245–59.
- Walker, J.: "Panic Attacks: Drawing the Thin Line Between Caution and Hysteria after September 11th", *Reason Magazine*, March 2002.
- Watney, S.: *Policing Desire: Pornography, Aids, and the Media*, London: Methuen, 1987.
- Welch, M.: *Scapegoats of September 11th*, New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 2006.
- Welch, M.: "Moral Panic, Denial, and Human Rights: Scanning the Spectrum from Overreaction to Underreaction", en: D. Downes, P. Rock, C. Chinkin y C. Gearty (eds.): *Crime, Social Control and Human Rights: From Moral Panics to States of Denial. Essays in Honour of Stanley Cohen*, Cullompton: Willan, 2007, 92–105.
- Wilkins, L.: *Social Deviance, Social Policy, Action and Research*, London: Tavistock, 1964.
- Williamson, J.: *Crucible of Race*, New York: Oxford University Press, 1985.
- Young, J.: "The Role of the Police as Amplifiers of Deviancy", en: S. Cohen (ed.): *Images of Deviance*, Harmondsworth: Penguin, 1971, 27–61.

Young, J.: “Slipping Away: Moral Panics Each Side of “The Golden Age””, en: D. Downes, P. Rock, C. Chinkin y C. Gearty (eds.): *Crime, Social Control and Human Rights: From Moral Panics to States of Denial. Essays in Honour of Stanley Cohen*, Cullompton: Willan, 2007, 53–65.

Young, J.: “Left Realist Criminology”, *Web Malcolm Read*, UK, 1987.